

Derek Raymond

# Murió con los ojos abiertos

Traducción de Mario Sureda



Título de la edición original: *He Died with His Eyes Open*

Primera edición en esta colección: enero, 2009

© Dereck Raymond, 1984

© de la traducción, Mario Sureda, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

Diseño de portada: OPALWORKS.

Imagen de portada: OPALWORKS.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936627-9-0

Depósito legal: B-50.076- 2008

Impreso y encuadernado en Grup Balmes - Molins de Rei

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Fiona*

«Tenía un ojo cerrado donde lo había golpeado al salir de la tumba pero el otro miraba fijamente desde el otro lado de la caja de cereales en los aparadores de los comedores de clase media.»

ROBIN COOK  
*The Edencourt, 1952*



## Introducción de James Sallis

Pasa cinco o seis veces en la vida que uno tropieza con un libro que le atraviesa el cuerpo entero, igual que una fulminante descarga eléctrica, alterando de forma radical su forma de percibir el mundo. Mucha gente habla de los libros que le cambian la vida. La gran mayoría tiene las mismas probabilidades de ver su vida cambiada lo mismo por un libro que por un cruasán; pero a veces pasa.

En 1990, como siempre, me ganaba la vida escribiendo reseñas para varias publicaciones. Cada día me llegaban cajas enteras de libros. Adopté la costumbre, siempre que salía por la tarde a tomar un café, de escoger de la pila un libro al azar y llevármelo para echarle un vistazo.

Un día, por casualidad, cogí una edición de bolsillo muy poco atractiva de una novela de suspense escrita por Derek Raymond y titulada *I Was Dora Suarez* (Yo fui Dora Suarez).

Después de tres o cuatro horas, yo también fui Dora Suarez, no solo la joven que vivió y murió de aquella forma tan atroz. También me sumergí de lleno en la mente del detective anónimo de la Fábrica que, después de leer el diario de la chica y de seguirle la pista por las calles enmaraña-

das de Londres, se propone esclarecerlo todo para luego vengar su muerte. Y desde la primera página, me vi arrastrado hasta las profundidades de la mente (hasta las profundidades espantosas de la mente, quiero decir) del propio asesino. Sus pensamientos y sus sentimientos se convirtieron en algo tan real como la silla en la que estoy sentado ahora mismo, escribiendo estas palabras.

Acabé la novela, completamente anonadado. Estaba sentado en una terraza y de pronto, el tráfico cotidiano que circulaba por Camp Bowie Boulevard cobró una dimensión cargada de significado. Se encendieron las farolas, tenues y vacilantes a primera hora del crepúsculo. Me di cuenta de que la novela que había dejado en la mesa junto a la taza de café, el platillo y las llaves había hecho mella en mí del mismo modo que un dolor implacable queda grabado de forma indeleble en el cuerpo.

Fue así como, desorientado pero impertérrito, me encontré merodeando por librerías nuevas y antiguas en busca de otras obras escritas por Derek Raymond.

Eran, y siguen siendo, auténticas rarezas, podría decirse incluso aberraciones, sombrías hasta lo indecible, rebosantes de detalles físicos espeluznantes y colmadas de desesperación. Novelas inclasificables, dado que no son lo que uno llamaría obras literarias, estrictamente hablando, pero tampoco encajan en el género de la novela policíaca.

En el libro que ahora, lector, tienes ante ti, lo de menos es que el agente anónimo del Departamento de Muertes Inexplicadas de la Policía de Londres (la sección menos popular y más rechazada del cuerpo) inicie la investigación del crimen. Lo que más le fascina es intentar comprender a la víctima, una prioridad que a su vez, sobre todo en el caso de *I Was Dora Suarez*, adentra al lector inexorablemente en la mente criminal. El agente en cuestión no está para satis-

facen los cumplidos que exigen los manuales de urbanidad: trata con igual insolencia y tosquedad a sus compañeros, a sus superiores y a la gente en general. Y es que estas novelas tampoco están para los miramientos ni las restricciones civilizadas. Arrancan al lector en cuerpo y alma de su mundo, permiten que vuele brevemente para luego arrojarlo de nuevo al suelo duro de otro mundo muy distinto. En el momento de ponerse de pie, el lector se sumerge en las mentes tanto de los criminales como de las víctimas; se convierte en predador y presa.

A menudo, el hecho de penetrar esas mentes nos brinda una especie de estilo poético maravillosamente brutal y, a la vez, extrañamente suave, como demuestra este pasaje que aparece casi al final de *Murió con los ojos abiertos*:

Primero descuelga el encaje extravagante y frágil de la carne, separa el corazón de un solo corte, desenmascara el tejido que hay debajo de la piel, desgozna las costillas, deja al descubierto la columna tiesa y despega el largo vestido de musculatura de los huesos de los que cuelga. Una pausa para hervir el cuchillo y entonces, con una curva atrevida y sin embargo astuta, húndelo en el cráneo ya trepanado, en el cerebro, a ver si consigues extraerle su arte.

Otro ejemplo es cuando un amigo escultor que tuvo el agente, de joven, habla de su arte:

Lo que siempre intento reflejar —me explicó—, es la luz, la visión que existe dentro del hombre y la convicción que esa luz proporciona a sus actos, a su cuerpo entero. ¿Nunca te has fijado en cómo se modifican los planos de un hombre cuando es preso de una creencia? El que había sido empleado de banco se pone a la misma altura que un atleta en el mo-

mento de lanzar una granada o, si no me equivoco, recuerdo el caso de un soldado de infantería en un ataque, un obrero armado con un rifle, cuya vida termina por culpa de una bala. Intento reconstruir en piedra la tragedia del hombre libre que pasa de la vida a la muerte, de la buena voluntad a la nada. Intento capturar el segundo en el que se desintegra.

Derek Raymond es el seudónimo que utiliza Robin Cook, un inglés de alta alcurnia que pasó gran parte de su vida en Francia. Renegó de su educación en Eton y todos los beneficios que le supuso su linaje, y pasó años haciendo todos los trabajos de baja categoría y chanchullos que le aparecieron por el camino, sin dejar de escribir, estudiando la vida secreta de la ciudad de Londres del mismo modo en que un taxista estudia sus calles. No tardó en aplicarse al género policíaco, convirtiendo en protagonistas a los desposeídos y a los anónimos, es decir, a los marginados de la sociedad: alcohólicos, mujeres maltratadas, prostitutas, delincuentes de poca monta que se aglomeran como peces piloto en la estela que dejan los tiburones. Su obra culminó en las cinco novelas de la colección «La Fábrica», consideradas hoy en día unos hitos innegables de la narrativa inglesa: *He Died with his Eyes Open*, *The Devil's Home on Leave*, *How the Dead Live*, *I Was Dora Suarez* y *Dead Man Upright*.

A mi parecer, Derek Raymond ocupa una posición equiparable en Inglaterra a la de Jean-Patrick Manchette en Francia. Manchette salvó a la novela policíaca francesa de la ciénaga de ficción de intriga y los cuentos pintorescos de los bajos fondos del barrio parisino de Pigalle en los que se había hundido. «La novela policíaca —afirmó Manchette—, es la gran literatura moral de nuestros tiempos.» Para Manchette y sus seguidores, el género policíaco, más allá de un mero entretenimiento, pasó a ser una herramienta para des-



nudar y recalcar los fracasos de la sociedad. Derek Raymond, padrino de la nueva novela policíaca británica, que a pesar de su dominio del francés siempre se refería al género *noir* como el género negro, estaba completamente de acuerdo. Mantenía que la novela negra demuestra que el mundo es un lugar muy diferente y mucho más duro de lo que, por ignorancia y rechazo, nos empeñamos en simular que es: «La novela negra... describe a hombres y mujeres cuyas circunstancias los han llevado al límite, gente cuya existencia se ha torcido y deformado. Trata de convertir una batalla pequeña y estremecedora con uno mismo en una lucha mucho más trascendente: la lucha universal humana contra el contrato vital que a todos nos ata, cuyos términos son incumplibles, en el que la derrota está asegurada.»

Los personajes del escritor de novelas negras se pasan la vida saliendo de habitaciones alquiladas y pisos miserables para meterse en «el tiempo infame y psíquico que hace en la calle, donde todo y todos han sido abatidos por una lluvia inclemente que cae de las almas de la gente que hay allá fuera.»

En otro pasaje de su autobiografía, *The Hidden Files*, Derek Raymond describió su lucha contra la materia cruda de sus libros. Se refería específicamente a *I Was Dora Suarez*, pero estoy convencido de que pensaba más en sus últimas novelas: «Lo más extraordinario de *I Was Dora Suarez* no tiene nada que ver con la literatura; lo más extraordinario es que, a su manera y siguiendo su propio camino, lucha por alcanzar el mismo mensaje que Jesús.» Lo escribió, según confesó, «en desagravio de los cincuenta años de indiferencia que mostré hacia el estado lamentable del mundo. Fue un viaje horroroso a través de mi propio sentimiento de culpabilidad y a través de la culpabilidad de los demás.»

Para mí, lo más extraordinario es el hecho de que ciertas novelas, entre las que incluyo las de Derek Raymond, novelas duras, vívidas, inquietantes, incluso repugnantes, nos traigan aquella *lluvia inclemente* en una mano, y en la otra, un cobijo donde refugiarse de ella. Nadie que asegure estar interesado en la literatura realmente escrita desde los límites de la experiencia humana, nadie que se pregunte por los confines del género policíaco y de la literatura en sí debe perderse estas portentosas novelas.

Eso, desde luego, no implica que nuestra literatura más espléndida no sea libre de hablar de la decisión de una jovencita de casarse, de la llegada a la mayoría de edad de un universitario ni de cuatro décadas en la vida de un vendedor de coches. Lo que implica, desde luego, es que tienen que hablar, del mismo modo tan directo e impávido como estos libros, de lo que supuestamente dijo una vez un guardia acerca de Auschwitz: *Hier ist kein Warum*. Aquí no hay ningún por qué.

# 1

Lo encontraron entre los arbustos, delante de la Casa de la Palabra de Dios en Albatross Road, W5. Ocurrió el treinta de marzo por la tarde en plena hora punta. Hacía un frío del demonio. Un oficinista tropezó con el cadáver cuando se paró a orinar de camino a casa. No sé si conocéis la parte de Albatross Road donde se cruza con Hanger Lane, pero si es así, sabréis que es una zona espantosa y solitaria, con la estación de metro al nivel de la calle, en una acera y los edificios ciegos, fríos y húmedos en la otra. Esa tarde había otra huelga y cuando llegué a las siete, las escaleras de la estación seguían inundadas de gente que quería llegar a los trenes, que pasaban muy de vez en cuando.

Estaba lloviendo a cántaros y soplaba viento del este cuando llegué y me encontré con Bowman, del Departamento de Delitos Graves. Estaba de pie al lado del cadáver iluminándolo con una linterna y hablando con dos polis que habían estado haciendo la ronda cuando recibieron la llamada del hombre que lo había encontrado. La lluvia caía a chorros del sombrero de Bowman y sobre los cascos de los polis, llenándoles el cuello de agua.

Bowman me pasó la linterna sin siquiera saludarme y me agaché delante del hombre muerto. Tenía los ojos abiertos, uno de ellos a duras penas, con las superficies salpicadas de la arenilla que el viento del este levanta de las calles londinenses. Llevaba un impermeable raído y un traje barato de color gris lleno de quemaduras de cigarrillo en la parte de delante. Tenía entre cincuenta y sesenta años y era de estatura media, con el pelo ralo tirando a canoso y la nariz de alcohólico. Le habían roto los dos brazos y una pierna. Uno de los huesos se asomaba azulado por un agujero de la tela del pantalón. Tenía el cráneo partido a golpes justo debajo del nacimiento del pelo y parte de su cerebro se le había derramado por la mejilla izquierda y estaba esparcido sobre el barro. Sin embargo, tuve la impresión de que, a pesar de las heridas, no había muerto de forma repentina. En sus ojos apagados todavía conservaba la chispa de algún recuerdo que quiso llevar consigo allá donde fuera.

Cuando hube terminado, di un paso hacia atrás y le miré la cara por última vez. Habían dejado una parte de ella intacta, por decirlo de alguna manera, quienesquiera que fueran. No era un rostro fuerte, sino un rostro que lo había visto todo sin entender nada hasta que ya fue demasiado tarde. He visto muchísimas muertes violentas pero ninguna que supere a esta. Sus heridas eran múltiples pero para nada fortuitas. No encajaban con un accidente de carretera en el que el conductor se hubiera dado a la fuga ni con un robo al azar (además, ¿quién iba a tomarse la molestia de robarlo?). No, había sido golpeado de forma sistemática, seguramente por más de un profesional que sabía exactamente cómo había que hacerlo. Llamémoslos especialistas, si queréis.

—¡Qué! ¿Cómo lo ves? —me preguntó Bowman.

—Lo que veo es que iban muy en serio.

—¿Iban?

—Tiene que haber sido más de uno. Es imposible que un hombre solo haya podido hacer todo esto. Y no sé dónde lo han hecho, pero desde luego no ha sido aquí. Apenas hay sangre debajo del cuerpo.

—Sí, yo también me he fijado en ese detalle —dijo uno de los grandullones en tono de exagerada paciencia. Como todos los monillos listos que quieren ascender pero nunca lo consiguen, había estado echando una ojeada para ver qué averiguaba—. Para mí que se lo han cargado en un coche y luego lo han arrastrado hasta aquí. Todavía se ven las marcas de los neumáticos en el fango. Seguro que lo han dejado aquí para que parezca otro indigente atropellado más.

—Vale. Pongamos que eres un asesino —dijo Bowman con frialdad—. Eres un asesino de los buenos, un asesino que no quiere que lo cojan. Matas a un desgraciado a golpes en un puto coche, llenándolo todo de sangre. Y ahora yo soy tú. Me paso por tu casa y te digo: «oiga, ¿me deja que le eche un vistazo a su coche, por favor? Es que estamos haciendo unas averiguaciones rutinarias, señor.» Y la sangre por todos lados, so gilipollas.

—No me lo había planteado así, señor.

—Ya lo sé —repuso Bowman—, por eso, dedícate a ganar el sueldo haciendo de agente y procura dejar el resto en nuestras manos, hijo. A no ser que te apetezca volver a sacar tu bola de cristal y explicarnos el móvil.

—No, señor.

—Además —señalé—, es imposible matar a un hombre a palos en un coche. No hay sitio.

—A no ser que lo hicieran en un camión —dijo el otro agente.

Nadie le hizo caso.

—¿Ya ha pasado el forense? —pregunté.

—Toda la pandilla —respondió Bowman—. Ha venido y se ha marchado. Sólo faltabas tú, y veo que te lo has tomado con calma.

El poli entrometido que Bowman había humillado minutos antes se regocijó en la oscuridad. Bowman se volvió hacia él y le dijo:

—Mira, hijo, si tienes algo que decir, dilo ya y habla en cristiano para que pueda darte la respuesta. Lo más seguro es que tú solito no la vayas a encontrar.

Entonces se dirigió a mí:

— A ver. ¿Tú por qué crees que lo han matado? ¿Dinero?

—Hombre, no parece la clase de bombón que lleve mucha pasta encima —le dije—. Por cierto, ¿sabemos quién es?

—Claro —dijo Bowman—. Llevaba los papeles en el bolsillo. Charles Locksley Alwin Staniland, de cincuenta y un años.

—Personalmente no creo que vayan a matar a un hombre por solo cincuenta libras.

—Bueno, nunca se sabe —repuso Bowman—. Algunos críos de hoy en día andan por ahí bastante desesperados. De todos modos, ya puedes ir poniéndote las pilas. El caso es tuyo. Y haz el favor de no agobiarme, ¿vale? No quiero verte el pelo.

— Lo dices porque tú no tienes —le dije, mirándole la calva a la luz de la linterna.

Me lanzó una mirada rebosante de cualquier cosa menos de amor. Lo habían hecho inspector jefe con treinta y dos años, y de eso hacía poco. Era un tipo alegre, brutal y listo, descarado y engreído.

—En fin, no deja de tratarse de la muerte de un indigente —me recordó con un odio desdeñoso, como si quisiera dar a entender que le esperaban asuntos más importantes en Delitos Graves—. Otro más para el montón.

Miró el reloj.

—Joder. Tengo que estar de vuelta a las ocho. Me largo.

Se dirigió hacia la calle, donde a la entrada del jardín enmarañado le esperaba un coche patrulla con las luces azules giratorias encendidas y la radio vomitando el parloteo de siempre.

—La ambulancia vendrá a recogerlo en cualquier momento, pero como ya sabrás...

—El sindicato ha declarado otra huelga.

—De todos modos —siguió—, estoy hasta los huevos de que la lluvia esta se me esté meando encima.

La lluvia le importaba un comino. Lo que quería decir era que Staniland no era un caso que prometiera ningún tipo de promoción. Si la hubiera, Bowman sería capaz de aguantar veinticuatro horas bajo una ducha fría con toda la ropa puesta de muy buena gana. La policía local le informaba de estos casos y casi siempre se las arreglaba para que nosotros nos encargáramos de sacarle las castañas del fuego.

En la entrada, se giró y se plantó con las piernas separadas, tranquilo y con las manos agarradas detrás de la espalda. Nos miramos. Como ya os he dicho, no nos teníamos una gran simpatía y era una suerte que no trabajáramos juntos en el mismo departamento porque así no nos cruzábamos con demasiada frecuencia.

—No tienes la menor intención de aspirar a algo más, ¿verdad? —me preguntó.

—Me gusta que se haga justicia.

—¿Justicia? Será gilipollas —espetó Bowman—. Tienes cuarenta años, eres agente de policía y en el fondo desprecias cualquier clase de ascenso.

—No soy un arribista como tú —le dije—. No mientras siga habiendo casos como este.

—Nadie lo va a denunciar.

—Tienes razón —admití—. Y eso a ti te importa.

—Por supuesto.

—Lo que pasa es que a ti se te nota.

—Haz lo que quieras —dijo Bowman—. Por mí como si te quedas en Muertes Inexplicadas hasta que te pudras. Además, llego tarde.

Hundió la barbilla en el cuello del anorak e hizo un gesto al conductor para que se acercara. Antes de subirse al coche, se volvió y añadió:

—Por cierto, llamaré a la Fábrica y haré que te manden todas sus posesiones. Estarás entretenido.

—¿Ya le habéis registrado la casa?

—Sí, he mandado unos hombres para que lo hagan. Te daré la dirección.

Vaya. Al menos era eficiente, pero eso ya lo sabía.

—Si quieres puedes dejarme la linterna mientras espero la ambulancia —le dije—. No la vas a necesitar en la Fábrica. No con ese alumbrado fluorescente que han instalado.

Me la dio sin entusiasmo.

—No me gustan tus modales —dijo—. Para ser un simple agente, tienes mucho morro. Te las das de listo, ¿verdad? Crees que eres rápido.

Ya se había subido a la parte trasera del coche y tenía la ventanilla medio bajada para protegerse de la lluvia.

—Cuando trabajas donde trabajo yo, te acabas haciendo independiente.

—Pues no te lo creas demasiado.

—Puedes darme la espalda con toda la tranquilidad del mundo —le dije—. No voy a dispararte con tu propia linterna.

Lo único que quería era que se largara de una vez.



Cuando finalmente se alejó, con la luz azul todavía encendida y un rugido de pistones y gases del tubo de escape del Rover blanco con su raya roja, mandé a los dos imbéciles a la puerta del jardín y me agaché de nuevo junto a la cara del hombre muerto con la linterna encendida. Quería ver si conseguía alguna pista que me explicara por qué había muerto y cómo había llegado hasta aquí antes de que aparecieran aquellos que lo sabían todo y pretendieran contármelo.

Pasaron los minutos y me puse a reflexionar sobre los comentarios mordaces que Bowman había hecho con respecto al Departamento de Muertes Inexplicadas. El hecho de que el A14 sea, con diferencia, la rama menos popular y más rechazada del cuerpo sólo demuestra, bajo mi punto de vista, que deberían haberlo creado hace años. No gustamos a esos rojillos progres que entran y salen de la política o se han quedado justamente en la periferia, pero alguien tiene que hacer el trabajo. Ellos no, desde luego. Tampoco gustamos a los uniformados, ni a la Brigada de Investigación Criminal ni al Servicio de Seguridad del Estado. Nos dedicamos a las muertes oscuras, insignificantes y en apariencia irrelevantes de personas que no importan y que nunca importaron. Nuestro departamento tiene el presupuesto más reducido, somos los últimos en la cola para cualquier asignación y el tema de ascensos va tan lento que pocas veces llegamos más allá del rango de oficial. Algunos acaban trasladándose de pura desesperación a otras secciones, pero tampoco tantos, y de los que quieren trasladarse, la mayoría lo piden poco después de llegar. Sabemos resolver crímenes con la misma habilidad que cualquier Bowman, sea cual sea nuestro rango, nómina o plan de pensiones. Lo que cambia es la actitud. Igual que Bowman, nos pasamos la vida examinando los rostros de hombres muertos, sus ha-

bitaciones, los motivos de sus amistades, si es que tenían, y de sus amantes y enemigos. Pero a diferencia de otros policías, nunca tratamos de justificarnos con la excusa de no tener personal suficiente, y nos importa un carajo si los casos que llevamos nunca salen en los periódicos ni se convierten en una búsqueda a nivel nacional. Cuando mi amigo, el oficial Macintosh, murió asesinado el año pasado a manos del hombre que había acorralado en un cuchitril en Edith Grove, a nadie se le ocurrió concederle una medalla póstuma. Para nosotros, ningún asesinato es fortuito y ningún asesinato es insignificante, aunque en una ciudad como esta los asesinatos estén a la orden del día.

Mientras escrutaba el cadáver, los dos policías se acercaron de nuevo. El entusiasta que había sido objeto del desdén de Bowman me miró. Era demasiado listo para abrir la boca esta vez, y cuando lo hizo, no era ni cortés ni descortés, sencillamente procuró omitir toda cortesía. El otro policía, que todavía no me había molestado, metió la pata cuando le pedí que llamara otra vez a la ambulancia con el *walkie-talkie* y me trató de «hijo».

—¿Así también le llamas a tu jefe?

—No.

Era un joven de unos veinte años, rubio y de aspecto brutal, que se movía con un nerviosismo controlado y que se acariciaba mucho los puños. Se notaba que odiaba a cualquiera que fuera diferente a él, mayor que él, más listo, más débil, o que no compartiera sus mismas opiniones sobre la sociedad que él ayudaba a administrar.

—Yo diría que te doblo la edad —observé—. ¿Quieres que te llame hijo, hijo?

—No.

No servía para policía. Tenía toda la pinta de ser un aficionado a las batallitas contra los «enemigos», que segura-

mente le merecían una opinión terriblemente severa. No era la clase de hombre en el que se pudiera confiar para asegurar una democracia. Tampoco era un hombre perspicaz. La policía londinense estaba abarrotada de tíos como él, y me costaba mucho tragarme los lamentos de los capataces que decían que tenían que aceptar lo que les echaban. Con tres millones de parados, podían crear el cuerpo de policía que quisieran, como hicieron con el ejército. Pero la tarea de un policía, si se ejecuta bien, es mucho más dura que la de un soldado, o al menos debería serlo. No te limitas a cumplir órdenes. Es cierto que tienes un código, pero a menudo te encuentras solo (al menos yo siempre lo he estado) y entonces tienes que inventarte un reglamento nuevo.

—No hace mucho que estás con nosotros, ¿verdad? —le pregunté.

—Un año.

—Pues tranquilo con lo de ser poli —le aconsejé—. No hace falta actuar como un elefante en una cristalería.

—Tomo nota.

Lo dijo en voz baja y de forma desagradable, con una frialdad reservada en la mirada. Si algún día llegaba a trabajar para el Departamento de Investigación Criminal, no quería ni pensar en qué iba a ser del sospechoso a quien interrogara en el caso de que le diera por ponerse insolente.

—De nada —le dije, mirando el número que llevaba en el tirante.

Siempre me fijo en esas cosas.

Se hizo un silencio incómodo, así que dije:

—Para pasar el rato hasta que venga la ambulancia, ¿a alguno de los dos os gustaría hacer algún comentario con respecto a este caso? ¿No hay nada que os llame la atención?

—No es asunto nuestro, sargento —dijo el más listo de los dos, con aire de haberse aprendido la lección.

—Vamos, es una pregunta que os hago a los dos.

—No sabría qué decir —dijo el rubio.

—A ver, ¿tomaba drogas, por ejemplo? —les pregunté—. Tenéis todas las pruebas que existen delante de vuestras narices, igual que yo.

—No tengo ni idea —respondió el rubio con indiferencia—. Después de todo, sólo soy un poli de ronda. Con un año de servicio, además.

—Si te pones en ese plan, nunca llegarás al Departamento de Investigación Criminal.

—¿Y quién ha dicho que sea mi meta?

Me volví hacia el otro.

—Lo que quiero saber es cómo acaba un borracho de mediana edad en medio de un descampado con pinta de haberse tragado una bomba.

—Tenía enemigos.

—A la mayoría de la gente le importaría una mierda un pobre desgraciado como este —señalé—. Como mucho le iban a meter un empujón o una galleta. ¿Por qué la paliza que le han pegado?

—Sí, y además, parece planeado. Se lo cargan en un lugar y luego lo plantan aquí.

—Eso es —le animé—. Pero ¿por qué razón? Se han arriesgado mucho.

—Vale —dijo el agente listo—. Estoy de acuerdo con eso.

Hablaba con acento del sur de Londres y las palabras se le extinguían en la garganta como las llamas en una chimenea agrietada. El otro seguía enfurruñado bajo la lluvia justo en el borde de la luz de la linterna.

—Hombre, si se han tomado tantas molestias en liquidarlo, quizá tuviera demasiada información acerca de algo. Tal vez fuera un chivato, un soplón.

—Es posible —respondí—. También es posible que haya

pasado una temporadita a la sombra, pero lo dudo. De todas formas, es fácil de averiguar.

—¿Y si fuera espía?

—¡Qué va! —dije—. Las potencias extranjeras nunca operan así. Y los grupos terroristas tampoco. Esos se dedican a poner bombas o disparar en la nuca, o quizá incluso lleguen a atropellar a sus víctimas, pero no se dedican a partirles la crisma a hostias para luego cambiarlas de sitio. No tienen tiempo para tanta tontería.

—Entonces, lo han matado por dinero.

—A simple vista, yo diría que no andaba precisamente sobrado.

—Hombre, alguno de los tres motivos tendrá que ser, sargento. No se me ocurre nada más.

—No —le confesé—. A mí tampoco. Al menos hasta que haya echado un vistazo a sus cosas y haya hablado con sus amigos, si es que tenía. De todos modos, me ha ido bien tu ayuda. ¿Cómo te llamas?

—Marvell.

En ese momento apareció la ambulancia. Frenó y la sirena se apagó con un suspiro, aunque no se había dado ninguna prisa por llegar. Cuando finalmente aparcó, no parecía que los de dentro tuvieran mucha prisa que digamos. Después de una buena pausa, salieron dos hombres vestidos de uniforme azul con actitud tranquila, reservada y muy británica. El hombre que no era el conductor desplegó las escaleras en la parte trasera del vehículo y sacó una camilla que no consiguió abrir a la primera. El otro se acercó lentamente hasta nosotros y observó:

—Pues ya estamos aquí.

A lo mejor esperaba que nos lo tomáramos como la revelación de una gran verdad. Lanzó una mirada al cadáver de Staniland y preguntó con aire erudito:

—¿Es este?

—Bueno, si no lo es, lo era —repuse.

—Es que como ya estaba muerto —dijo el conductor— lo hemos puesto al final de la lista, con lo de la huelga y todo.

—Claro —dije—. Él tampoco tenía ninguna prisa para que os lo llevarais.

—Perdona que te lo pregunte —dijo el conductor—, pero no me estarás vacilando, ¿verdad?

—Aunque fuera así, ¿qué coño ibas a hacerle? Ahora haz el favor de meterlo ahí dentro de una puta vez o te denunciaré por perder tiempo en el servicio.

Siguió un silencio larguísimo.

—Oye, siendo agente de policía, deberías mostrarte más imparcial con las reivindicaciones sindicalistas.

—Y lo soy —le contesté—. Sólo te estoy pidiendo que muevas el culo. ¿Qué hay de parcial en eso?

—Tú —dijo el conductor con rencor.

Su compañero, sin levantar la mirada de la libreta en la que llevaba un rato anotando cosas, dijo:

—Vale, George. Ya podemos sacarlo de la lluvia y llevárnoslo.

Miró el reloj, apuntó la hora en la libreta y la cerró. Entonces se volvió hacia los dos agentes:

—Con un poco de suerte, llegaremos a tiempo para ver esa nueva serie que dan por la tele. Va de un rey que murió asesinado hace un montón de años por unos tíos que iban por el mundo vestidos con pantalones cortos y sombreros raros llenos de perlas. Rondan las calles dándole a la sin-hueso y blandiendo espadas y entonces les pilla otro que va con una capa de pieles y acaban en el banquillo escuchando el rollo del juez que los condena a todos a la horca. Está muy bien.

—Pues a mí no me parece que esté tan bien —dijo el rubio—. De hecho, me ha parecido una auténtica mierda.

—Si tienes prejuicios en contra de la historia, claro que no te va a gustar —dijo el compañero del conductor—, si no te importa que te lo diga, agente.

Mientras hablaba, introdujo la camilla con el cadáver, que había tapado con una manta, en el interior blanco de la ambulancia. Entonces cerró la puerta de un portazo, dio la vuelta al vehículo y se subió. El conductor, sin tomarse la molestia en disimular su disgusto, también se subió y arrancó el motor.

—Buenas noches —dijo el acompañante del conductor. Nadie le respondió.

Dentro de la ambulancia, el rostro destrozado de Charles Locksley Alwin Staniland chilló en silencio hacia el techo blanco que había pintado un operador de British Leyland un día en que dio la casualidad de que no estaba en huelga y le hacían falta las horas extras.